

No la conocíamos; acaba de llegar de las colonias.

—Os doy la enhorabuena. ¡Es preciosa!

—¿Verdad que sí?—dijo la condesa.

Y, acompañada por ambos, volvió al salón.

## VII

Eran las diez de la mañana; el sol brillaba en un cielo sin nubes, y la espuma de la alta marea, salpicando la playa de Deauville, despedía vivos reflejos que dañaban la vista. Ante la escalinata de una de esas hermosas *villas*, que, rodeadas de exiguos jardines, tienen las proporciones de castillos cuyos parques hubieran desaparecido, hallábase un landó escoltado por un grupo de alazanes magníficamente enjaezados, que golpeaban impacientemente con sus cascos la arena, sujetos del diestro por unos cuantos lacayos. Al cabo de algunos instantes, la condesa de Fontenay, cuya cabeza cubría un lindo sombrero, apareció con una sombrilla en la mano, acompañada de la baronesa Tresorier y de la linda señora de Jessac, y tras ellas Armando, el barón Tresorier, el elegante Firmont, acompañante obligado de las gentes del gran mundo, y Pablo de Cravant. La señora Tresorier y todos los hombres, excepto el actor mimado de los

salones, estaban en traje de montar. La condesa se adelantó, y dirigiéndose á uno de los lacayos, dijo:

—Ashton, entérese de si la señorita Audrimont está dispuesta...

El muchacho dió á uno de sus compañeros la brida de su caballo, y ya iba á atravesar el jardín, cuando una puertecilla abierta en la pared y oculta por las enredaderas se abrió, dando paso á Lydia, vestida de amazona, con sombrero gris.

Su mano enguantada oprimía un delgado junquillo con puño de oro.

—¿He tardado?—preguntó al ver á todo el mundo reunido al pie de la escalinata.—¿Os he hecho esperar?

—Nada de eso; nosotros somos los que nos hemos adelantado—dijo la señora de Fontenay tendiéndole la mano.

Lydia la cogió y aproximó su rostro á los labios de la condesa, que la besó cariñosamente. Después, dirigiéndose al grupo reunido bajo la techumbre de cristal que cubría la escalinata, repartió sus saludos y apretones de manos, con las mejillas deliciosamente animadas, la mirada alegre y la boca entreabierta por una constante sonrisa.

—¡Qué deliciosa mañana!—exclamó con íntima satisfacción.—¡Qué agradable va á ser el paseo! ¡Oh! ¿Pero usted no monta?—dijo diri-

giéndose á Firmont, que se hallaba al lado de la señora de Fontenay.

—No. Yo no puedo—dijo el elegante artista con profunda convicción.—Es necesario que no me fatigue. Recito esta noche en casa de la duquesa de Argelés, y si montara no estaría en voz... Ya comprende usted cuando uno se debe al público...

—No me pesa—dijo la condesa—porque así nos acompañará en el landó á la señora de Jessac y á mí... Vamos, todos están dispuestos. ¡Marchemos!

—Marchemos—dijo el conde.—Lydia, ¿quiere usted que le ayude á montar?

—Con mucho gusto.

Mandaron aproximar los caballos, y la joven cogió entre sus dedos la fina y lustrosa crin de un potro, que, al dirigirle una mirada, relinchó con furia.

—¡Ah!, Polly, ¿me reconoces?—dijo la señorita Audrimont al posar sobre la mano de Armando su delicado pie y subir ligeramente á la silla. Se aseguró en el arzón, arregló los pliegues de su amazona y cogió las riendas. Después, con uno de aquellos arranques expansivos que le daban fama de original y seductora, tocó el hombro del conde, que examinaba los arreos del potro, y dijo:

—Qué placer me ha proporcionado usted, primo, al mandar traer á Polly. Lo agradezco con toda el alma.

Armando se volvió, ligeramente turbado, y bajando la cabeza como para disimular su embarazo, dijo en voz baja:

—Pensé, en efecto, que eso la alegraría; pero no necesito el agradecimiento; su placer de usted me basta.

Siguió acariciando la cabeza del animal, y continuó:

—Espero que no dará á usted que hacer, pues le he montado un año, y aseguro que está bien dócil.

Saludó con la mano y se dirigió hacia el landó ocupado por su mujer, la señora de Jessac y Firmont; la señora Tresorier y su marido montaban ya sus respectivos caballos.

—¿Estás bien?—preguntó Armando á la condesa con afectuoso interés.—¿No necesitas nada?

—Nada. Podemos marchar.

—Vamos, pues. ¡Camino de Dives!

Dicho lo cual, Armando subió á caballo y se reunió al grupo de jinetes que servía de escolta á la condesa. El carruaje se alejó, seguido de la alegre turba.

Hacia ocho días que los condes de Fontenay estaban alojados en su *villa* de Deauville, y que la señorita Audrimont, renunciando á su vida retraída, residía en un *hotelito* dependiente de la suntuosa morada de sus primos, con su señorita de compañía, joven inglesa, séptima hija de un pastor protestante muy pobre, que

vivía de su trabajo. Miss Griffith era extraordinariamente fea, pero mujer de gran mérito. Tenía cinco pies y seis pulgadas de estatura, lo que le daba el aspecto de un carabinero; sus cabellos eran de un rubio tan pálido, que los de un albino parecerían oscuros á su lado, su cutis blanco, pero lleno de pecas, y su boca provista de unos dientes de formidable tamaño.

El barón Tresorier decía, fingiendo espanto:

—Un día se come á cualquiera; es la mujer de un ogro.

A lo cual contestaba la baronesa con irónica sonrisa:

—No te hagas ilusiones, querido; las *ogras* no comen más que niños.

Miss Griffith vivía desde hacía tres meses en estrecha amistad con Lydia, pues las cualidades de la inglesa y los recursos de su viva imaginación dulcificaron la tristeza y alegraron la soledad de la señorita Audrimont. La señorita de compañía, robusta y fuerte como una campesina, animó á la huérfana para que hiciese ejercicio, tan necesario á su delicada salud, y bien pronto recobró sus perdidas fuerzas y disminuyó su profunda melancolía ante el buen humor constante de su compañera. Miss Griffith dejó con pena y no sin inquietud la casita de Neuilly para instalarse en Deauville; pero así que vió el mar y que la señorita Audrimont conservaba en gran parte su libertad, sin dejarse dominar por las costumbres

de sus parientes vecinos y viviendo en su casa el mayor tiempo posible, recobró la inglesa su serenidad, y hasta consintió en franquear la puerta de comunicación que separaba el jardín del *hotel* del de la *villa* de Fontenay.

Firmont, cuyo espíritu delicado le hacía accesible á las mayores ternuras, simpatizó tanto con aquella feísima mujer, que acabó por ser su asiduo acompañante. Pablo de Cravant, riéndose y burlándose, dijo un día á Lydia:

—La cosa es grave y va á terminar con un rapto...

—Sí— respondió la joven.—Griffith cogerá debajo del brazo á M. Firmont y me le traerá para que le castigue por lo que le hace rabiar.

Comenzaba á establecerse entre la señorita Audrimont y el barón de Cravant una familiaridad enojosa para Armando. Antes de la marcha á Deauville, Lydia había ido varias veces á comer al hotel de Fontenay, pues la condesa, antes de sacarla de su casa para conducirla al gran mundo, quiso hacerla conocer los lazos naturales que la unían á la familia. Era precisa una presentación de la heredera del colono canadiense á sus más próximos parientes; y una vez dispuestos á conocerla, los Beauliere, los Prefaut y los Champroz acudieron á la cita y la encontraron encantadora, tal vez porque no ignoraban que poseía una fortuna. El barón Pablo fué de los invitados á una comida organizada al efecto, en

la que el marqués de Villenoisy ocupó la derecha de la dueña de la casa.

En aquella velada concluyó Lydia por captarse todas las simpatías. Gustó, no sólo á los que iban prevenidos en contra suya, sino hasta á aquel que fué llamado para juzgarla sin perdonar el menor detalle. El viejo diplomático, seducido por la gracia de la huérfana, no menos aún que por su sencillez exquisita, habló durante una hora con ella de los más variados asuntos, como un profesor que examina á un discípulo, no hallando en todas sus respuestas ni una sola frase que criticar. Todos reconocieron su tacto, su buen sentido y su franqueza. A continuación de tan largo interrogatorio, la condesa llamó al marqués, y deseosa de conocer su opinión,

—Vamos, ¿qué le parece?—le dijo.

—Perfecta; pero por eso mismo debe usted inquietarse más.

—¡Oh, no temo nada de ella!—exclamó con ímpetu la señora de Fontenay.

—De ella, no; pero no importa. Acuérdesse usted de mi primer consejo: cásele.

Con su abanico, mostró Mina al marqués, en el otro extremo del salón, á Lydia, sentada sobre un *puff*, y á Pablo de Cravant, inclinado ante ella, sosteniendo una conversación animadísima y olvidados de cuanto les rodeaba. Después de empezar dos ó tres conversaciones distintas, sin

entrar en uno de esos terrenos sólidos donde plantear un diálogo prolongado, el barón acabó por encontrar lo que buscaba. Había viajado por América dos años antes, y durante aquel tiempo tuvo ocasión de atravesar las posesiones inglesas y conocer bastante bien el Canadá. A las primeras palabras que pronunció haciendo mención del viaje, su interlocutora, amable hasta entonces, se transformó, dando muestras de un vehemente y extremado placer.

En un momento, Pablo se transportó *in mente* con ella á las orillas de los grandes lagos, helados por la crudeza del invierno, y á las praderas cubiertas de nieve que no pueden atravesarse sin calzar las abarcas propias del país. Asistían con su imaginación á la caza del bisonte, á la persecución de los caballos salvajes, á las ascensiones por las montañas Rocosas, al descenso á las grietas profundas del terreno, en las que las águilas vuelan sobre el viajero como sobre una presa esperada.

Pablo, entusiasmado, veía desarrollarse ante sí la verdadera naturaleza de Lydia, entusiasta y apasionada con sus brillantes ojos y su animadísimo semblante, y se sentía dominado por el encantador influjo de su voz. Al pronunciar el barón varios nombres del país con perfecto acento, demostró que conocía el inglés, y entonces Lydia, con viva alegría, comenzó á hablar en su lengua natal. Charlaron y rieron francamente como an-

tiguos conocidos, con mal disimulado placer, sobre todo el barón, cuyo ardor se leía en el brillo de sus ojos, en la vivacidad de sus gestos y en la tensión de su voluntad por hacerse agradable.

La señora de Fontenay, como dueña de casa bien ejercitada, había observado bien pronto aquella repentina intimidad, y se la hizo notar al marqués con una expresión que, para el viejo diplomático, fué una revelación completa.

—¡Oh!—dijo, respondiendo sin más explicaciones á la señal de Mina.—Eso resolvería muchas cosas. Basta, querida mía, mostrar á usted el camino para que llegue usted al fin. Nadie mejor que ese guapo muchacho para agradar á la chiquilla. El se explica con calor, ella le escucha de buena voluntad. Todo marcha bien y no hay más que dejarlo correr.

—Yo ayudaré lo que pueda—añadió la condesa con un vivo movimiento de alegría al ver aclararse su horizonte cada vez más.—Salimos para Deauville dentro de algunos días; invitaré á Pablo, y el amor se encargará de lo restante.

El amor hizo cuanto pudo, pero sólo había triunfado en Pablo de Cravant; Lydia permanecía indiferente. Le alegraba encontrar al barón, hablar con él, pasearse, montar á caballo á su lado, probarle en todo una amistosa preferencia; pero aquella misma preferencia carecía de valor por el modo franco y público de manifestarse. No era amor, sino sólo amistad. Ape-

sar de todo, Armando no podía dominar su inquietud.

El espíritu del conde había pasado, desde hacía tres meses, por estados sucesivos muy distintos, los cuales atestiguaban su profunda turbación. Después de los serios incidentes que marcaron el descubrimiento de la señorita Audrimont por su mujer, Armando experimentó una especie de calma, pues atormentado durante seis meses por la necesidad de ocultarse, avergonzado de su proceder, se consideró muy feliz al ver despejarse la situación. Se vió libre de un conflicto que pudo comprometer para siempre la tranquilidad de su vida. Dió gracias, con toda el alma, á su buena estrella.

Pero como el hombre jamás está satisfecho de un estado que, por bueno que sea, no ofrezca cambios, al cabo de una semana el recuerdo de Lydia le subyugaba por completo, y ni la esperanza de tenerla en un corto plazo cerca de sí le compensó del hastío de tener que vivir lejos de ella durante dos meses. Débiles eran los recuerdos del pasado para consolarle de la ausencia actual, y pensaba de continuo en la joven para lamentar el tiempo que dejó transcurrir inútilmente. ¿Cómo había empleado aquellos seis meses, en los cuales Lydia estuvo entregada á él por completo? Siempre usó con ella el trato frío y digno de un tutor y visitas periódicas como si se hubiese tratado de una señorita *pensionista* en un colegio;

no sólo le habían servido para informarse de su bienestar material, alternando con frívolas conversaciones. Se había conducido con delicadeza, no pronunciando ni una sola frase que mereciera un reproche, y ahora maldecía su moderación y su reserva, pues nunca había de hallar ocasión mejor que la desaprovechada anteriormente para hacerse amar.

¡Oh, cuán numerosas le parecían entonces aquellas ocasiones! Solo, á cada instante á su lado, llena de confianza y con el oído atento á todas sus frases, nada le hubiese costado hacerse dueño de su amor; ¿por qué había dudado tanto? Al llegar á este punto de sus reflexiones su conciencia elevaba la voz, replicándole:

—¿Cómo hubieses podido ser tan infame? Las palabras hubieran quedado en tu garganta, tu corazón indignado hubiera guardado silencio, horrorizado de tan vil designio. No, no te arrepientas de lo que hiciste. Ya llegaste hasta el último límite á que podías llegar sin comprometer tu honor. Ahora afirma tus ideas, purifica tu pensamiento de todo lo malsano y peligroso que en él se agita, no arriesgues la dicha de la mujer que te ama en una aventura miserable donde sólo hallarás el desencanto y la desesperación. Sé hombre honrado, y en vez de llorar la ausencia de la que te turbó tan profundamente, aprovéchala para olvidarla.

Quiso seguir tan buen consejo y se esforzó en

curarse de aquel amor, convenciéndose de que se hacía ilusiones con respecto á la naturaleza del sentimiento que le arrastraba hacia Lydia y de que sólo sentía por ella un profundo afecto. Por una especie de sugestión impuesta por su misma voluntad consiguió una calma completa, los desordenados impulsos de su pasión se adormecieron y pasó tranquilo seis semanas, alimentando la idea de que estaba en vías de curación y que vería á la señorita Audrimont sin correr el menor peligro.

Recobró sus habituales costumbres de salir mucho y de ir al casino, é hizo todo lo posible por volver á ser el mismo que antes. Recorriendo una mañana el Bosque para probar un tronco de caballos que deseaba adquirir, se alejó del paseo de carruajes para juzgar sin obstáculos del trote de los animales, y tomó el camino de Boulogne. En uno de los paseos laterales se cruzó con dos señoras que paseaban á pie, y de las cuales la más baja y más distinguida levantó la cabeza al oír el ruido del carruaje. Armando reconoció á Lydia, que le sonrió é hizo señas para que se detuviera, y tan vivamente tiró de las riendas, que las cabezas de los briosos caballos tocaron casi la arena.

Pálido de emoción, llevó maquinalmente la mano al sombrero sin poder contener los latidos de su corazón, que parecía querer estallar, y contempló á la joven que, de pie en medio del

camino, sencilla y fresca, vestida con un traje negro con sombrero del mismo color, sin velo que le cubriese el rostro, le pareció más encantadora que nunca.

—¿Cómo está usted?—le preguntó con la misma tranquilidad que si le hubiese visto la víspera.—¿Y la señora de Fontenay? ¿Cómo es que le hallamos en medio de nuestros solitarios paseos? ¿Se ha perdido usted como Pulgarito y necesita que le indiquen el camino?

—Lo agradezco—dijo el conde esforzándose en adoptar un aire sonriente.—Conozco muy bien este terreno... ¿Y usted, qué hace?

—Ya lo ve usted, nos paseamos, que es la más importante de las ocupaciones de miss Griffith y mías. ¡Ah! Pero no conoce usted á miss Griffith... es una excelente señorita que ha querido hacer alarde de paciencia al venir á vivir conmigo... Voy á presentar á ustedes... Miss Griffith... Mi primo el conde Armando de Fontenay.

La gigantesca y rubia inglesa inclinó la cabeza, diciendo:

—¡Oh! Ya conozco mucho al señor conde.

—Sí—añadió Lydia—he hablado ya de usted á miss Griffith.

—¿Bien ó mal?—preguntó Armando.

—¡Hum!... De todo ha habido. ¿No es verdad, Griffith?

—Más bien que mal—contestó la señorita de compañía.

—¡Vamos!—dijo riendo la señorita Audrimont—pues he exagerado en lo bueno.

Los caballos del conde, atormentados por aquella detención prolongada, se agitaban y piafaban retenidos por su vigorosa mano, salpicando de espuma sus arreos.

—Esos caballos se impacientan—dijo la joven.—Afloje usted las riendas y adiós... Mil afectos á la condesa.

Armando no se hallaba dispuesto á obedecer, pero Lydia le hizo un signo de despedida, y cogiendo el brazo de miss Griffith se internó por un sendero en lo profundo del bosque. Armando las siguió con la vista, y después emprendió su carrera, alejándose con el corazón lleno de un amor inmenso, renovado en un instante. Desde aquel día no se hizo ilusiones, comprendió que no podía amar á Lydia de otro modo, y que todos sus esfuerzos serían inútiles. Se doblegó ante la fatalidad sin intentar la lucha.

Se entregó de nuevo á la dulzura de sus sueños, su mal se fué agravando, y aunque á fuerza de voluntad había llegado á arrojarlo de su mente, durante seis semanas, el recuerdo de Lydia, volvió á tomar posesión de él como su soberana absoluta. Los estragos que aquella pre-ocupación perpetua causaron en su febril cerebro, fueron extraordinarios, pues todo lo que no era la sombra querida de su amor desapareció por completo para él. Lydia era su único ídolo, al

cual se dirigían todas sus plegarias, sus acciones, todas sus esperanzas. Hablase ó permaneciese mudo, solo ó rodeado de amigos, siempre tenía ante sus ojos el semblante de su amada. A lo mejor se le veía de repente quedar silencioso, con la mirada vaga, los labios entreabiertos por una sonrisa, pareciendo seguir el juego de luces reflejadas en un espejo, el bailoteo de los átomos ligeros en un rayo de sol ó el caprichoso vuelo de una golondrina hendiendo el aire. Miraba sin verlos á aquellos objetos, cuando lo que en realidad surgía ante él era tan sólo la imagen de Lydia caminando con lento paso por una calle del bosque, con el femenino granadero que le servía de escolta. Otras veces soñaba verla recostada sobre una piel de oso en el kiosco de las pieles de su quinta canadiense. Era su amor como el de un sacerdote fanático instruído en misterioso culto.

Terminados los dos meses de plazo que la señorita de Audrimont había fijado antes de consentir en su entrada en el gran mundo, se presentó un día en el hotel de Fontenay para anunciar á la condesa el cumplimiento de su palabra. En vez de sentir la inmensa alegría que esperaba, Armando experimentó un disgusto sordo, no exento de inquietud. La idea de que Lydia iba á exponerse á las miradas de todos destruía en parte la satisfacción de tenerla á su lado, pareciéndole que el tesoro de su hermosura, cuidadosamente guardado hasta entonces para él solo,

iba á profanarse con la admiración general. Hubiera preferido que su amada permaneciese ausente, pues aun cuando así no pudiese él verla, evitaba las indiscretas miradas de los demás hombres, y con el pensamiento se trasladaba á su lado para intervenir en todos los detalles de su vida que le eran conocidos. Era en sueños su amante celoso, su dueño absoluto, su esclavo sumiso.

La glacial acogida que dispensó á Lydia acabó de tranquilizar á Mina, que partió para Deauville, donde habían convenido pasar dos meses, sin apresuramiento y sin pretexto de dilación.

Desde la noche en que la señorita Audrimont entabló con el señor Cravant aquella conversación, primero, superficial, y, por último, animada, que condujo á los jóvenes á una inmediata intimidad, Armando estaba preocupado. No temía á Pablo, del cual conocía la inconstancia y ligereza; sabía que el elegante barón no concedía más de ocho días á sus más preferidos caprichos, porque el cuidado constante de su persona no le dejaba gran tiempo para consagrarse á las mujeres. Atenciones, galanterías de hora fija, conversaciones de un cuarto de hora entre dos paseos ó dos cambios de trajes, era el máximo de esfuerzos galantes que podía conceder aquel buen mozo. Pero dentro de su corazón no podía nacer nunca un amor serio ni desarrollarse una pasión profunda. Su cabeza, cuidadosamente



peinada, no parecía hecha para contener ardientes pensamientos; los latidos de su corazón jamás se hubiesen permitido la ligereza de estropear la laboriosa armonía de su *toilette*.

No. Su primo no era temible como rival, y, sin embargo, la corte que hacía á Lydia le atormentaba, pues parecíale que la señorita Audrimont tenía un maligno placer en dar alas al barón para irritarle á él. Cuando reía las gracias del señor Cravant, sus carcajadas tenían una vibración que atacaba los nervios del conde y le hacía sufrir. Entonces se alejaba para no ceder á la tentación de descargar su mal humor en agresivas frases, mientras los dos jóvenes continuaban riéndose sin notar la fuga de Armando.

Un día, no pudiendo resistir uno de aquellos impulsos violentos, dijo á Lydia:

—Decididamente Cravant es el predilecto de usted.

—¡Jesús!—respondió su prima.—No le prefiero á nadie, pero como es alegre y buen muchacho, encuentro placer charlando con él. Además, como ambos somos casi de la misma edad...

Armando se inclinó sonriéndose.

—¡Muchas gracias! Entonces ¿nos considera usted á Firmont, Tresorier y á mí como si fuéramos patriarcas?

—¡Malo! ¡Malo!—dijo ella alegremente.—Hoy tiene usted gana de reñir conmigo. El señor Firmont se debe á sus comedias, y además hace el

amor á Griffith... No quiero quitar á tan buena amiga el novio... El barón Tresorier y usted son casados y no entran en cuenta. Réstame, pues, el señor de Cravant, y como es el único disponible, por eso le prefiero.

Aquel terrible «no entran en cuenta» pasó, gracias á la razón que dió la huérfana de que prefería á Cravant por ser el único en condiciones de ser escogido; pero el conde halló en aquellas frases motivo de amargas reflexiones. ¡El no entraba en cuenta! ¿Acaso un hombre ligado á otra mujer por eternos juramentos podía ser para una señorita honrada un pretendiente admisible? ¡La idea de verse querida por él la indignaría hasta el punto de alejarse para siempre! Dijo la verdad al responderle sencillamente que él no entraba en cuenta, pues si alguna vez llegase á entrar sería causando su desgracia y su vergüenza. Sólo podía unirles el azo del adulterio, y tal crimen jamás anidaría en sus nobles corazones.

Razonaba con terrible filosofía, midiendo los hechos, calculando sus consecuencias, y, á pesar de ver los acontecimientos tales cuales eran, nada influía para modicar su determinación. No ignoraba que su insensatez iba á arrastrar á un abismo su honor y el de los demás, pero no quería detenerse ni ver venir la catástrofe.

El punto final de sus reflexiones era la esperanza de que algún acontecimiento aclarase tan

tirante situación. ¿Qué acontecimiento sobrevendría? Lo ignoraba, pero lo presentía, y fortificado con aquel absurdo fatalismo seguía amando á Lydia, engañando á Mina y obstinándose en su ensueño apasionado.

Trotando por el camino de Dives seguía con la vista á la bella amazona. El barón de Cravant se había aproximado al landó para hablar con la condesa y la señora de Jessac, mientras descendían por el lado de la costa que conduce de Villers á Iboulgate.

A la derecha, y por un montecillo sembrado de ligeros arbustos, pobremente crecidos entre la arena y oprimidos por los juncos, aparecía el azul del mar. Se sentía un fuerte calor, y los caballos, atormentados por las moscas, se agitaban vivamente. Armando, á diez pasos detrás de su prima, oía su voz sin comprender sus frases, pero si el alegre tono en que se expresaba, y en vez de disfrutar se entristecía, como si aquel placer fuera un robo que le hiciesen.

Quiso aproximarse al grupo engrosado ya con Pablo, pero al verle los cuatro jinetes pusieron sus caballos al galope como si desearan huir de él, y riendo á carcajadas siguieron á distancia del carruaje al trote largo. Irritado por aquel manejo lanzóse en su persecución, pero sin galopar por temor á que hicieran lo mismo y se transformara el paseo en una carrera formal. Se limitó á apresurar el paso de su caballo, pero los

otros, tan bien montados como él, no perdían terreno, y así atravesaron Iboulgate y llegaron á Beuzeval. Allí se detuvieron, no por dejar que los alcanzase el conde, sino porque el carruaje se había quedado muy atrás; Armando llegó á su lado y sin poder dominar su mal humor

—¿Por qué no me habéis esperado?—preguntó con viveza.

—¿Por qué no nos alcanzaste tú?—respondió Pablo alegremente.

—Porque habéis hecho todo lo posible por evitarlo.

—¡Vaya una razón para ti, que montas mejor que todos nosotros!

Aquel cumplimiento calmó un tanto al conde, que, encogiéndose de hombros, dijo con aire de enojo:

—Puesto que hacéis rancho aparte, no quiero estorbar.

Espoleó su cabalgadura y continuó hacia Dives.

—¿Adónde vas?—le preguntó Cravant, asombrado por un raptó de mal humor tan desprovisto de fundamento.

—A mandar que dispongan el almuerzo—respondió el conde sin detenerse.

—Está bien. Séanos usted útil—gritó Tresorier.

—Puesto que no sé hacerme agradable... Aquellas palabras llegaron á sus oídos algo